

Oye, un tema importante en “Pillars” es la verdad cuando se trata de la valentía. Y es la verdad que quiero extrapolar un poco para nosotros hoy. Valentía: cómo vivir con valentía, cómo ser valiente y cómo hablar con valentía. Escucha, ahora mismo el mundo anhela personas valientes, anhela creyentes que se pongan de pie por lo que dice la Escritura, que se pongan de pie por la Palabra de Dios. Y quiero ampliar un poco más esta verdad sobre este tema de la valentía. Y me gustaría hacerlo desde las Escrituras, específicamente en Hechos 4. En el versículo 13, es un versículo que muchos de nosotros conocemos. Hay una frase en ese versículo que quiero que sea el paraguas bajo el cual hablemos de esta palabra valentía. La frase que encontramos en Hechos 4:13 es esta: “y reconocían que habían estado con Jesús.”

Habían estado con Jesús. Ahí es donde se desarrolla la valentía: con Jesús. Quiero leer este versículo para ti, Hechos 4:13, completo. Pero antes de eso, quiero retroceder un poco y dar algo de contexto. Me gusta decirlo así: un texto sin contexto es un pretexto. Así que creo que es muy importante que comprendamos lo que está sucediendo allí en su contexto antes de leer el versículo para no hacer que diga algo que no dice. Y para encontrar el contexto y entender el contexto de Hechos 4:13, tenemos que retroceder hasta el comienzo de Hechos. Podemos comenzar en Hechos capítulo 3. Y aquí encontramos que la iglesia del Nuevo Testamento está comenzando. ¿Verdad? Dios se está moviendo entre su pueblo. El Espíritu Santo ha sido derramado. La gente está siendo salva. La gente está siendo sanada. La gente está siendo bautizada y discipulada. Es un movimiento de Dios sin precedentes. Y Dios ha escogido a unas pocas personas para liderar este movimiento, dos de ellas son Pedro y Juan. Son dos líderes clave. Y encontramos en Hechos capítulo 3 esta historia: Pedro y Juan iban al templo a orar. Y la Biblia dice esto: “como era su costumbre.” Y quiero hacer una pausa ahí porque creo que eso es muy importante: como líderes, como personas que han sido escogidas por Dios para liderar el ministerio, para liderar ahora mismo lo que Dios está haciendo en la tierra, también debemos, como Pedro y Juan, ser personas de oración. Como era su costumbre. Iban al templo cada día a orar. Qué vergüenza para nosotros si pensamos que podemos hacer esto sin tener una vida de oración. Ningún hombre es más grande que su vida devocional, que su vida de oración con el Padre.

Ellos iban al templo a orar como era su costumbre. Y conocemos esta historia. En el camino, se encuentran con un hombre cojo. Y él está sentado en la puerta del templo y mira a Pedro y a Juan, esperando recibir algún tipo de regalo monetario.

Pero sabemos que Pedro lo mira y le dice: “Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te doy.” Y le dice: “En el nombre de Jesucristo, levántate y anda.” Y el hombre, dice la Biblia, se fue caminando, saltando y alabando a Dios. Me encanta esta historia. La maravillosa virtud sanadora de Dios se manifiesta. Es lo milagroso. Y, obviamente, esto provoca un gran alboroto allí. En la puerta del templo, el cojo camina y una gran multitud se reúne alrededor. Me encanta. La Biblia dice que Pedro aprovecha el momento. Pedro comienza a predicar con valentía. Comienza a predicar a Jesús y la resurrección. Eso dice la Escritura: Jesús y la resurrección. Y escúchame, es un evangelio incompleto si no predicamos la resurrección. Muchas veces predicamos a Cristo crucificado y gracias a Dios por Jesús crucificado. Él fue el sustituto por nuestro pecado. Pero escúchame, el evangelio está incompleto si no hablamos de la resurrección. Si dejamos a Jesús en la cruz, la historia termina en vergüenza y derrota. Termina en muerte, pero ahí no terminó la historia.

Jesús, al tercer día, resucitó. Dios Padre, por el poder del Espíritu Santo, resucitó a nuestro Salvador. Él es un Salvador viviente. Y me encanta que resalta que Pedro predicaba a Jesús y la resurrección.

Esto perturbó mucho a los líderes religiosos de la época. Se molestaron por eso y utilizaron la guardia del templo para arrestar a Pedro y a Juan. Los encarcelaron durante la noche. A la mañana siguiente, Pedro y Juan son llevados ante el tribunal. Van a juicio y les hacen esta pregunta. Ahora la encontramos en Hechos 4. El tribunal les pregunta: “¿Con qué poder, con qué nombre, con qué autoridad han hecho esto? ¿Han sanado a este hombre y predicado este sermón?” Y me encanta. La Biblia dice esto: que Pedro, lleno del Espíritu Santo, respondió. Pedro, lleno del Espíritu Santo. Esa es una frase muy importante. Quiero hacer una pausa ahí. Lleno del Espíritu Santo. Qué vergüenza para nosotros si pensamos que podemos vivir esta vida y cumplir lo que Dios nos ha llamado a hacer como líderes y pastores sin la llenura y el poder del Espíritu Santo. Escúchame, su poder en nuestra vida no es un lujo.

Es una necesidad, ¿verdad? No es con fuerza. No es con poder humano. No es con intelecto humano que logramos estas cosas, que cumplimos el llamado de Dios en nuestra vida. Es por su Espíritu.

Debemos tener la llenura y el poder del Espíritu Santo. Y dice que Pedro, lleno del Espíritu Santo, comenzó a proclamar con valentía el nombre y el mensaje de Jesús. Y luego llegamos a Hechos 4:13. Y esto es lo que dice: “Entonces, viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús.”

Voy a detenerme aquí por ahora, pero si lo deseas, puedo seguir con la traducción completa del documento. ¿Te gustaría que lo haga?

Ahora, unas cuantas observaciones rápidas antes de profundizar en esta palabra valentía. La primera observación es esta: ¡qué cambio puede hacer la gracia divina en la vida de una persona! Y francamente, en un corto período de tiempo. Piensa en Pedro aquí. Se habla de Pedro que no mucho antes, de hecho, la noche en que Cristo fue traicionado, él siguió a Jesús a la distancia. Y lo siguió con juramentos y maldiciones, negando conocer a Jesús. Pero ahora, apenas un tiempo después, vemos a Pedro lleno del Espíritu Santo, junto con Juan, proclamando con valentía el evangelio en el nombre de Jesús. Oh, lo que la gracia divina puede hacer en una persona. No sé tú, pero yo estoy tan agradecido por la gracia de Dios y por lo que ha hecho en mi vida, y lo que sigue haciendo en mi vida. Y mientras Pedro predica con valentía, no les lleva mucho tiempo a los líderes religiosos darse cuenta de cuál era la fuente de su valentía.

No provenía de una educación formal. No provenía de un entrenamiento formal.

Habían sido entrenados en la escuela de Jesús, pero esa no era la forma tradicional de educación. Recuerda, estos discípulos empezaron como pescadores, su educación había sido el conocimiento del mar y de las mareas. Sabían cómo pescar.

Pero ahora, al pararse frente a este grupo de líderes religiosos,

están demostrando valentía, una valentía que no provenía de la confianza en la autosuficiencia o

del conocimiento académico aprendido, su coraje, no provenía de su posición en la sociedad. No eran ciudadanos de clase alta, ni hombres influyentes en las redes sociales (si hubieran existido en aquel entonces). Eran hombres sin título oficial, ni cargo, ni rango.

A los ojos de la élite religiosa, estos hombres, Pedro y Juan, eran ignorantes, sin cultura, sin pulir. Sin embargo, era innegable que eran hombres de fe valientes.

Y al ver esto los líderes religiosos, llegaron a la conclusión correcta sobre la fuente de esta valentía y de este poder con el que predicaban.

Llegaron a la conclusión de que estos hombres habían estado con Jesús.

Esta ha sido la oración que he estado haciendo por mi vida. Esta es la oración que he estado haciendo por la iglesia que Dios me ha confiado. Esta es la oración que regularmente hago por el cuerpo de Cristo: que cuando la gente nos encuentre, cuando la gente nos vea, ya sean amigos, vecinos, incluso enemigos, quien sea que nos observe, que vean una imagen y un parecido de Jesús, que sepan que hemos estado con Jesús. Mi oración es que nuestras vidas sean, como el apóstol Pablo dijo en 2 Corintios 3, cartas vivas. Cartas vivas conocidas y leídas por todos los hombres, que seamos una carta de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en las tablas de nuestros corazones. Y lo que Pablo está diciendo es que, como creyentes, nuestras vidas deben compartir un parecido evidente con Cristo. Que quien nos vea, nos oiga o pase tiempo con nosotros, también experimente un encuentro sobrenatural con Jesús. Somos sus cartas vivas, su biografía viviente, y Él debe ser revelado en nuestras palabras, debe sentirse en nuestro comportamiento y debe verse en nuestras acciones. Eso es lo que significa ser cartas vivas. Ahora, por supuesto, eso no significa que tengamos que vivir en una perfección sin pecado, ¿verdad? No significa que exhibamos todas las características y la imagen exacta de Jesús, porque la verdad es, y tú lo sabes tan bien como yo, que mientras estemos en esta esfera terrenal respirando oxígeno, hay una batalla en nuestro interior, ¿verdad? Nuestra vieja naturaleza y nuestra nueva naturaleza. Y ni siquiera sé si en esta vida es posible llegar a ser la representación perfecta de Jesús. Habiendo dicho eso, eso no debe desanimarnos ni disminuir nuestro deseo de parecernos más a Él. Porque, por cierto, esa es la meta, ¿verdad? Esa es la meta de la vida cristiana: la madurez. Que cada día crezcamos más y más en semejanza a Cristo Jesús, que cada día nos olvidemos de lo que queda atrás y avancemos hacia lo que está delante, avanzando hacia el supremo llamamiento de Dios en nuestra vida, hacia un mayor nivel de madurez donde seamos conformados, transformados a la imagen de Jesús.

Y nuevamente, quiero hablarte de esta área de la valentía y cómo podemos ser transformados a la imagen de Cristo, particularmente en esta área. Necesitamos ser como Cristo, más como Él, crecer en nuestra madurez, especialmente en el área de la valentía. Algunos dirán: “Bueno, ¿era Jesús valiente?”

Sí, Jesús es increíblemente valiente, ¿verdad? Al comenzar su ministerio terrenal, nunca comprometió, ni diluyó la verdad de la Palabra, la verdad del Reino. Él no conocía el temor del hombre. No temblaba ante nadie. No se preocupaba por ser estimado por los hombres. No, Él vivía con una misión. Y Jesús con valentía enfrentó demonios y endemoniados. Rompió normas sociales. Discipuló pescadores. Eso no pasaba. Tocó leprosos. Comió con recaudadores de

impuestos. Ministró a los marginados de la sociedad. Y con valentía le decía al cojo que se levantara y anduviera. Le decía al ciego: “Abre tus ojos y ve.” Le decía al muerto: “Levántate. Sal. Vive otra vez.” Le hablaba al viento y a las olas: “¡Calla! ¡Enmudece!” Y hasta el final, cuando entregó su vida —y digo que la entregó porque nadie se la quitó—, entregó su vida no por sus amigos,

sino por sus enemigos, por el gozo puesto delante de Él. Soportó la cruz, menospreciando su vergüenza, y venció de una vez y para siempre al infierno, a la muerte y a la tumba, al resucitar al tercer día. ¿Es Jesús valiente? Sí, mi Jesús es valiente.

Pero esto me hace preguntar: ¿de dónde venía esa valentía?

Verás, para Jesús, esa valentía no provenía solo del hecho de que tenía la habilidad de hacer actos milagrosos y poderosos. No, la valentía era un subproducto de saber quién era. Él sabía quién era. Sabía de dónde había venido y conocía el poder y la autoridad que poseía. De hecho, en Juan capítulo 3, Jesús dijo que el Padre ama al Hijo y le ha entregado todas las cosas en su mano. Después de la resurrección, vemos a Jesús preparándose para ascender al cielo. Tiene a sus discípulos reunidos y les dice esto en Mateo 28: “Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra.” De ahí venía esta valentía. Toda autoridad le había sido dada a Jesús. Me encanta esta parte: les dice a sus discípulos, y nos dice a nosotros, sus discípulos modernos: “Ahora vayan y continúen la misión del evangelio.” Lleven esta valentía, esta identidad y propaguen la palabra del reino. Me encanta que Jesús nos haya dado su autoridad. El apóstol Pablo en 2 Corintios 5 lo diría así: que somos embajadores de Cristo en la tierra. Somos sus embajadores. Representamos a Cristo. Mi oración es esta: que como embajadores suyos, representemos a Jesús en su valentía. Que esta valentía sea una parte cada vez mayor de nuestra identidad y que la permitamos instruir nuestras acciones, porque Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio. Y lo que estoy diciendo es esto: que la iglesia de Jesucristo,

debería ser la entidad más valiente sobre la faz de la tierra. Proverbios 28 dice que el justo es valiente como un león. Y lo dije al principio y quiero reiterarlo. Ahora mismo el mundo está buscando valentía. El mundo anhela valentía, alguien que proclame la verdad con valentía y que no retroceda. Escucha, la gente está desesperada por luz en medio de la oscuridad. Están desesperados porque alguien tenga el coraje de defender la Palabra de Dios, un estilo de vida cristiano, de mantener la línea cuando la cultura nos bombardea. Y te digo, de todos los que deberían ser valientes, nosotros. La iglesia de Jesucristo debería ser la entidad más valiente sobre la faz de la tierra. Eso es lo que somos.

Pero escúchame, cuando la iglesia, con C mayúscula, en lugar de predicar el evangelio con valentía, predica una versión domesticada, diluida y editada del evangelio en nombre de la inclusión, o para no ofender a otras personas, lo que en realidad estamos haciendo es socavar el plan y la autoridad de Dios, que por cierto, ambos han sido claramente expresados a través de las Escrituras, a través de las palabras de Jesús y de las enseñanzas de los apóstoles. Y escucha, cuando predicamos o cuando editamos las partes de la Palabra de Dios que no nos gustan, o con las que no estamos de acuerdo, o que nos cuestan algo o que podrían ser ofensivas para otros, lo que hemos hecho es reemplazar la autoridad de Dios con nuestra propia autoridad, como si supiéramos más que Dios. Y escúchame bien: una versión editada, diluida y políticamente correcta del evangelio no es el evangelio. No es el evangelio. Ahora bien, ¿estoy diciendo que la

iglesia no debe ser inclusiva? No, para nada. La iglesia absolutamente necesita ser inclusiva, ¿verdad? Mira la vida y el ministerio de Jesús. Una vez más, Él es nuestro mayor ejemplo. Pasó mucho tiempo con los marginados de la sociedad. Interactuó con los pecadores. Pero atención, era el pecador el que siempre salía cambiado de ese encuentro con Jesús. No Jesús. El pecador salía cambiado, no Jesús. Así que escúchame bien: la iglesia siempre debe ser un lugar abierto para los pecadores. Si la iglesia cerrara sus puertas a los pecadores, no habría nadie en la iglesia, ¡incluyendo al pastor!

Así que la iglesia nunca debe ser un lugar que cierra sus puertas a los pecadores. Sin embargo, la iglesia tampoco debe ser un lugar que anime a la gente a permanecer en su pecado.

En los últimos años, parece que la iglesia predica este mensaje: “Ven tal como eres,” y gracias a Dios por eso. Ese es el evangelio. Es inclusivo. “Ven tal como eres.” Pero hemos olvidado la segunda parte de ese mensaje, que es: no te quedes como estás.

Dios nos ama donde estamos. Dios nos ama tal como somos, pero nos ama demasiado como para dejarnos como estamos. El cristianismo dice: “Ven y muere. Ven y deja de lado tus deseos, tus anhelos. Toma mi forma de vivir.” Esa es la oferta de Cristo para nosotros.

Debemos animar esto. Nuestro trabajo como iglesia es guiar a la gente a Jesús, ayudarles a alejarse del pecado. Nuestro trabajo no es abrazar su pecado, y mucho menos afirmarlo.

Pero nuevamente, parecería que al menos en las últimas décadas, aquí en la iglesia en Estados Unidos de donde vengo, no hemos funcionado como la iglesia siempre ha debido funcionar.

Desafortunadamente, parecería que muchos, al menos aquí en la iglesia en Estados Unidos, hemos estado más preocupados por ofender a las personas que por ofender a Dios. Y hemos enseñado tolerancia sin arrepentimiento. Y hemos olvidado que el mensaje del evangelio es, en sí mismo, ofensivo. Es radical. Es contracultural y la gente en sus caminos mundanos no lo acepta fácilmente. ¿Verdad? En Gálatas capítulo 5, el apóstol Pablo llama al mensaje del evangelio “la ofensa de la cruz.” En 1 Corintios 1, Pablo diría que el mensaje de la cruz es percibido como locura por los que se pierden. Pedro, de quien hablamos aquí, de manera similar, cuando escribe su carta, 1 Pedro 2, lo diría así: que el mensaje del evangelio es una piedra de tropiezo y una roca de escándalo. Piensa en las palabras de Jesús. Él mismo nos dijo que no nos sorprendiéramos si el mundo nos odia, si el mundo nos desprecia, porque le pertenecemos a Él.

Él dijo: “El mundo me odió primero.”

Aquí está el punto que quiero recalcar: es hora de que el cuerpo de Cristo, es hora de que la iglesia de Jesucristo recupere su verdadera identidad.

Dices, ¿cuál es la identidad de la iglesia? Bueno, aquí está la identidad de la iglesia. Según el apóstol Pablo, esto es lo que le escribió a Timoteo: que la iglesia es el baluarte y la columna de la verdad en la tierra.

El baluarte y la columna de la verdad en la tierra. Y debemos estar plantados allí, en esa intersección del camino angosto que lleva a la vida y la carretera ancha que lleva a la muerte. Y nuestro objetivo es clamar a la gente: “¡Reconciliaos con Dios!”

Con valentía, sin temor a las repercusiones, sin temor a la ira de la gente, que digamos con confianza lo que Dios dice, lo que ha dicho en su Palabra, esas cosas debemos hablar.

Ahora, tal vez esto se sobreentienda, pero igual lo diré: la valentía no es una excusa para ser groseros. No es una excusa para carecer de empatía. No, todo lo que hacemos debemos hacerlo como Cristo, con un espíritu de amor y humildad. Pero escúchame, no comprometemos la verdad y ciertamente no hacemos malabares hermenéuticos para que la Palabra de Dios diga algo que no dice.

Sí, somos valientes, pero esa valentía tiene que estar templada con amor. Así como la verdad necesita gracia, la valentía necesita amor, porque el objetivo es penetrar en el corazón de las personas,

no herir sus corazones.

Y escucha, una de las oraciones más grandes que he estado haciendo por mí mismo, y que puedo orar por ti, es que tengamos el valor de hablar la verdad, de mantenernos en la verdad y de permanecer en la verdad, especialmente cuando la verdad es impopular.

Oro para que digamos la verdad sobre Dios, sobre el hombre. Oro para que digamos la verdad sobre el pecado, que digamos la verdad sobre el tiempo y la eternidad, que digamos la verdad sobre el cielo y el infierno, que digamos la verdad sobre la creación y la sexualidad. Que digamos la verdad sobre el género, sobre la justicia, sobre la vida, la muerte y la eternidad. Que, como el Señor vive, lo que Él diga, lo que ha dicho en su Palabra, lo digamos también. Aunque nos cueste todo.

Algunos de ustedes vienen de partes del mundo donde entienden esto mucho mejor que yo.

Y les ha costado mucho. A algunos de ustedes les ha costado todo. Y no uso esa expresión para asustarlos, la uso para prepararlos. Nuevamente, probablemente no necesitan que yo les diga esto, pero el mundo es hostil a nuestra fe. El mundo es hostil a su fe. Y lo fácil para nosotros como líderes y pastores sería enterrar la cabeza en la arena y no hacer olas, y vivir un evangelio domesticado, predicar un evangelio domesticado, carente de convicción, de poder y de autoridad. Sería una versión apoplética de la piedad, pero carente de todo poder.

Pero oro para que, al ver acercarse el día del regreso de Jesús, y por cierto, Él viene pronto, oro para que más que nunca contendamos con valentía por la fe.

Y que tengamos el coraje de hablar la verdad sobre el mundo. Que tengamos el coraje de hablar la verdad, vivir en la verdad y permanecer en la verdad.

Escucha, me doy cuenta de que lo que acabo de compartir es mucho. Probablemente puedas decir por mi tono y mi inflexión que es algo que me importa mucho. Es algo que Dios ha puesto en mi corazón como una carga. Y es algo que he tratado de vivir en mi propia vida. Pero algunos de ustedes dirán: “Bueno, ¿cómo hago esto simple? ¿Cómo traduzco esto de manera que funcione en la vida de quienes me escuchan?” Tal vez predicas desde un escenario y tienes una congregación. Tal vez tienes un grupo pequeño y otros te miran y dices: “¿Cómo hago de la valentía una realidad en sus vidas?”

Yo diría esto: mira, cuando hablamos de valentía, no es complicado.

Incluso diría que la valentía, en la vida cotidiana, se ve como obediencia simple y a veces radical. Eso es lo que significa la valentía en el reino de Dios: obediencia simple y radical. Que demos un paso en obediencia a lo que sentimos que el Espíritu Santo nos está pidiendo, que demos un paso antes de siquiera saber qué va a pasar. Y de nuevo, es simple y es radical. Podría ser radical en el sentido de que sientas que el Espíritu Santo te está pidiendo que te mudes al otro lado del país y comiences una nueva obra. Podría ser que Dios te esté diciendo que vacíes tu cuenta bancaria, llesves a tu familia y te mudes al campo misionero. Podría ser algo tan radical como eso, pero también podría ser algo muy simple,

como obedecer al Espíritu Santo cuando te da una palabra de aliento o de sabiduría, una palabra de conocimiento para la persona que te está sirviendo café en la cafetería.

Tal vez sea tan simple como obedecer la voz del Espíritu Santo cuando te dice que le digas a otro padre: “Oye, Jesús te ama.” Tal vez sea tan simple como: “Oye, no voy a esconder mi fe cuando me pregunten en el trabajo.”

Pero escúchame, la obediencia importa. No tenemos muchas cosas que ofrecerle a Dios en esta vida. De hecho, estoy convencido de que si tomamos todas las cosas que podemos ofrecerle a Dios en esta vida y las reducimos, se reducen a una sola palabra: obediencia.

Podemos ofrecerle obediencia. Y ya sea una obediencia simple o una obediencia radical, así es como vivimos con valentía en esta vida. Y de nuevo, mi oración más grande, mientras he tratado de compartir esta verdad contigo sobre la valentía, es que cada uno de nosotros vivamos con valentía.

Que amemos con valentía. Que oremos con valentía. Que creamos con valentía. Que crezcamos en esta valentía y digamos la verdad.

Oro para que nos parezcamos más y más a Jesús, especialmente en esta área de la valentía, y que a través de nuestra valentía, la gente nos mire y diga: “Ellos han estado con Jesús.”